

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTI-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.
La redacción se halla establecida en la COMISIÓN GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamación que no se haga en carta franqueada.

ALGUNAS NOTICIAS

sobre el juego del ajedrez.



varias personas y á varios pueblos se ha atribuido la invención del juego del ajedrez, y los que, como nosotros, conceden á los naturales de la India el honor de su descubrimiento, que solo

data, según los mismos, desde el 5.^o siglo de nuestra era, adoptan también la anécdota siguiente, referida por el autor árabe Al-Sefadi:

Scherani, rey de una parte de la India, que la historia no designa, gobernaba tan mal á sus pueblos, que en pocos años redujo á sus súbditos al estado mas miserable. Los bramines y los rayas, que osaron hacerle algunas humildes observaciones, cayeron en desgracia. Entonces Sessa, hijo de Daher, bramín también; pero mas prudente que sus compañeros, buscó el modo de dar al soberano una lección que no pudiera amostazarle; y fué tan dichoso, que inventó el ajedrez, en cuyo juego, aun cuando es el rey la pieza mas importante, no puede dar un paso sin el auxilio de sus súbditos, los peones.

Preciso era que en el Oriente, cuna del apólogo, agradase un consejo dado de semejante manera. el nuevo juego divirtió al monarca, y prometió á Sessa reformar su conducta y cambiar el sistema de gobierno; pero no contento con esto, quiso remunerar debidamente al hombre que habia sabido proporcionarle un placer mas, y esigió del filósofo bramín que designara él mismo la recompensa que desease. Sessa se propuso entonces dar á su soberano otra lección de prudencia, y pidió un grano de trigo por cada casilla del tablero, doblando siempre desde 1 hasta 64. Esta petición le pareció al rey mas que modesta; la otorgó en seguida, y mandó á sus tesoreros que hiciesen el cálculo; pero no se quedó poco admirado cuando supo que el número de granos ascendia á 87,076,423,346,692,636, y que para que hubiese podido disponer de tan enorme cantidad de trigo necesitaba poseer 46,384 poblaciones, en cada una de las cuales hubiese 4024 graneros con 474,762 fanegas en cada uno y 32,768 granos en cada cual de estas fanegas.

Esta anécdota, por mas singular que parezca, no traspasa los límites de la verosimilitud: tiene el sello oriental, y la analogía de las palabras *sacchia* y *échecs*, con las cuales los italianos y franceses designan el juego del ajedrez, con las *schaktrengi* (juego del *shah*), y juego del *shek* (rey), que es como le nombran en Oriente, confirma en algun modo la opinion que acabamos de esponer sobre su origen. Los autores persas convienen en que este juego fué introducido en sus pais por los naturales de la India hácia los años de 573 y durante el reinado de Noushirvan (Chosroes el Grande), contemporáneo de Belisario. Tambien los chinos, que han inventado tantas cosas desconocidas para nosotros hasta muchos siglos despues, confiesan lo mismo: el ajedrez, que ellos llaman juego del elefante, no les fué conocido, segun el *Hui-Pien*, que es su gran enciclopedia, hasta los tiempos de You-Ty, que reinó por los años 530 de Jesucristo; y es actualmente una de sus diversiones mas favoritas: en Pekin se les enseña á las señoritas de buenas casas como entre nosotros á cantar y tocar el piano.

En la vida del emperador Alejo Comneno, escrita por su hija la princesa Ana, se dice terminantemente que los griegos han aprendido de los persas este juego, al que por eufonia llamaban *zatrithon*, palabra que tambien tiene semejanza con el *schaktrengi* oriental.

Algunos anticuarios, aunque sin ningún fundamento, han atribuido la invención del juego que nos ocupa á Palamedes, el que pereció apedreado y víctima de los artificios del *prudente*, pero rencoroso Ulises.

Lo cierto es que este ingenioso juego es muy antiguo, y que en todos tiempos ha tenido por partidarios suyos á los hombres mas célebres en diferentes conceptos. Entre los mas conocidos podemos citar á Carlomagno, Luis el Gordo, Tamerlan, Francisco 1.º, Carlos 12.º, Voltaire, Federico el Grande, Juan Jacobo Rousseau, Napoleon Bonaparte y, en fin, el músico Fildor, cuya reputación como gran jugador de ajedrez se ha hecho europea, y que ha escrito algunos tratados sobre la materia.

Las reglas de este juego han sufrido frecuentes alteraciones, y algunas de las piezas de que se compone han tenido diferentes nombres; pero en todos los países y en todas épocas los peones y los caballos han representado la caballería y la infantería. La que nosotros llamamos *alfil* tiene en la India la figura de un elefante (*fil*), y sin duda nuestros padres la nombraron por corrupción de aquel modo: tambien ha sido llamado algunas veces allí ó delfín. En el Oriente dan á la *torre* la hechura de un hombre armado de un arco y montado en un camello; su nombre allí es *rokh* (camello), y sin duda de aquí trae su origen la palabra técnica *rocar*.

Por lo que hace á la pieza que llamamos *reina*, no solo ha cambiado de nombre al venir á Europa, sino tambien de seso, pues en Oriente la llaman *forz*, que significa visir.

Creemos que deberíamos acabar estos apuntes con la historia del autómatas jugador de ajedrez que durante tantos años fué la admiración de la Europa entera, á pesar de que ya se ocupó de ella *El Panorama*, periódico literario, que se publicaba en Madrid hace años, y tal vez algun otro de España; pero como es demasiado estensa para darla unida á lo que llevamos escrito en un solo número, dejaremos para el siguiente su inserción, y nos proporcionará materia para otro artículo.

C.



LA CONQUISTA DE MALAGA.

NOVELA HISTÓRICA.



II.

Aclaraciones.



Desesperada era la posición de los moros en la época á que nos referimos. Habían perdido palmo á palmo el imperio que la casualidad les proporcionara, y se hallaban replegados en sus últimas trincheras. llenos de confusion y de miedo.

El gobernador de Málaga, Abenconija, había traído algunos albarbares de África para reforzar la guarnicion, intimidado por la fama de las conquistas que los católicos reyes hicieron por donde quiera que pasaban. Sabía que D. Fernando miraba á esta ciudad como una joya inapreciable, por su comercio con Levante y el África, por su posición y hermosura, y que estaba decidido á abrirse paso hasta ella á toda costa, así como que ya tenía en su poder á Alhama y Velez. Esperaba por lo tanto cada mañana ver aparecer con el sol á los terribles cristianos, y se había encerrado con su familia y lo mas escogido de sus tropas en la fortaleza que entonces, como ahora, se llamaba la Alcazaba.

El jefe de los albarbares había visto á Moraima, sobrina de Abenconija, y la había amado con ese amor ardiente, frenético, que hace latir con violencia el corazón del habitante del desierto, con esa pasión delirante, ciega, peculiar á los hijos del Mediodía. Pero, ¿quién no habría amado á Moraima? Un musulmán hubiera podido imaginar que Alá había querido sin duda imprimir en la bella mora las gracias de las vírgenes de su prometido paraíso, para animar en sus creencias á los ya apagados corazones de los hijos de Ismael, mostrando una de sus celestes doncellas á los que necesitaban ver para dar crédito á la recompensa ofrecida. Al mirarla hubiese dicho un mahometano que era una huri; un cristiano, que era un ángel; el moro hubiera alabado á Mahoma, entregándose á los trasportes de una pasión desenfrenada; el hijo de Cristo se habría prosternado ante ella, por juzgar que solo de rodillas debía contemplarla. Esto hubiese sucedido con solo verla; pero ¿y conociéndose los tesoros de su corazón?... Dulce y sencilla al propio tiempo que fuerte y animosa,

pues hervía en sus venas la sangre de cien héroes, era la delicia de su anciano padre, que habiendo perdido á su adorada esposa, á su Zayda, cifraba todo su cariño en la única hija que de ella le habia quedado. El noble moro veía aniquilarse su patria, caer la medialuna ante la sagrada enseña del cristianismo, á sus hermanos encadenados al triunfante carro del orgulloso leonés, que amenazaba arrebatar á los diezmados hijos de Mahoma el rincón de tierra que les quedara de todos sus estensos dominios en España, y descaba la muerte antes que presenciar la total destrucción del imperio ismaelita. Moraima le prestaba continuos consuelos: solo cuando se hallaba en su presencia aparecía la sonrisa en el rostro del anciano; y en estos momentos le pedía á Alá la vida suficiente para asegurar el porvenir de aquella hija adorada, de aquella mitad de su corazón. Ali-Dordux, rico propietario y negociante, jóven, gallardo y estimado de todos, le pareció el mas á propósito para llenar su objeto, dándoselo por esposo á Moraima, puesto que hacia algun tiempo que la pretendía. Quedó, pues, convenido el casamiento; pero la jóven beldad, que no amaba al esposo que le estaba destinado, aunque no era su ánimo desobedecer á su padre, procuraba con mil pretextos alargar el día señalado para su union.

Un poderoso motivo asistía á Moraima para no corresponder al amor de su futuro esposo, y era la pasión que le habia inspirado otro, pasión que no osaba declarar al autor de sus dias.

Era esclavo de este un caballero cristiano, descendiente de los héroes de Covadonga, nieto de un súbdito de Pelayo. D. Juan de Robles reunía á una gallarda figura un corazón noble, un orgullo sin altanería, una caballerosidad, en fin, que agradaba á todos. En la toma de Alhama, última refriega en que se halló el padre de Moraima, le habia hecho prisionero, y aun su mismo vencedor le profesaba estimación, á pesar de que muchas veces, pudiendo mas en él el odio contra los cristianos, le habia sufrir todos los horrores de la esclavitud. Moraima no habia podido mirarle con indiferencia: en cuanto á Robles... la adoraba como á una vision celestial.

En estas circunstancias llegaron los albarbares: su jefe Ali-Fax, como ya hemos dicho, se enamoró perdidamente de la linda mora, y la pidió á su padre. Este se la negó, por tener ya empeñada su palabra á Ali-Dordux y porque un aventurero no podia prestarle las garantías de bienestar para su hija que habia creído encontrar en aquel. Además, la jóven le aborrecía instintivamente. Por esta razón Ali-Fax, herido en su orgullo, que era herirle en el corazón, profesó odio desde entonces á los que antes habia amado á su manera, aunque bien es verdad que no era mucha

la diferencia que existia de una pasion á otra en el alma del albarbar. Desde aquel dia no se ocupaba de otra cosa que de buscar un medio de saciar su brutal apetito, sirviéndose de la astucia, pues la fuerza de nada le hubiera valido. Pero al notar que siempre aumentaban los obstáculos y que habiendo conocido Muley sus perversas intenciones, habia guardado á Moraima en la Alcazaba, ya no trató mas que de saciar su venganza. Empezó por malquistar á Abenconija y Muley en el ánimo del pueblo, y aunque al principio se dudó de las palabras de Ali, despues le fueron creyendo, porque el vulgo siempre y en todas partes toma el color que le presentan, cual si fuese un camaleon, y llega á odiar á las personas que poco antes amaba, mucho mas si necesita alguien á quien culpar de alguna calamidad que le haga padecer.

Conociendo Fax el estado de ecsaltacion en que ya se hallaban las cabezas, y viendo que le estaba prohibida la entrada en la fortaleza de la Alcazaba, juró que penetraria en ella á viva fuerza, y para lograrlo despidió la chispa que debia encender la desastrosa lucha que habia preparado.

Ya nos son conocidas las consecuencias de este paso.

EL POBRE DIABLO.



QUIEN LO PENSARA!

NOVELA.

I.

NUBES.

El Esco. Sr. marqués del *Acueducto*, teniente jeneral de los ejércitos nacionales, condecorado con varias cruces de distincion por insignes hechos de armas en ambos hemisferios, es un hombre de bien; esto se debe asegurar, y esto es cuanto se puede decir de S. E. Retirado ya del servicio militar, porque así lo han ecsijido hace algunos años los vetustos huesos y tan antiguos miembros de S. E., se dedicó, á falta de otra ocupacion mas agradable, á la pesca de anguilas en las aguas de un trozo del rio que pasaba por delante de la quinta en donde habia fijado su residencia. Distraccion mas inocente y entretenida no puede imaginarse, si escluimos la del cazador con redes... Al marqués se le hacian cortas las horas que empleaba en su *pasiva tarea*.

Otro hidalgo, hidalgo de gatera, á quien el patriótico entusiasmo habia casi reducido á la indigencia, le visitaba y acompañaba algunas veces; y así corría mas agradable la monótona existencia de los dos escolentísimos.

En el mes mas florido del año—en 1839—convidió el marqués á su amigo á pasar unos días con él en la quinta. El convite fué hecho con todo el ceremonial de costumbre, como de igual á igual, de E. á E. y aceptando el favorecido hidalgo, acudió cortesmente con su hija Teodora.

Entre las cosas que suelen aparecer mas casuales, debemos contar las combinaciones del amor, quien á veces reúne en un mismo punto á dos seres—varón y hembra—del linaje humano, que vivían muy distantes el uno del otro, sin conocerse, sin haberse oído nombrar, y sopla en ellos su espíritu, indama sus corazones y comienza una historia. Otras veces permite que dos personas de distinto sexo se vean muchas veces con la mas completa indiferencia; y el día menos pensado dice uno de ellos: «Me siento herido.—En donde?—Aquí: en el corazón.—Y por quién?—Por tus ojos.»—Y se comienza otra historia.

Este último ejemplo reprodujo el amor en la quinta del marqués la tarde que llegaron á ella sus convidados. Por la milésima vez veía el del Acueducto á la hija de su amigo: nunca habia sentido por ella lo que entonces; entonces sentía amor... pasión... delirio... De esta primera impresion no resultó otra cosa para el buen anciano que un incómodo malestar, que le hizo largas las horas de la noche y duros los colchones sobre que descansaba.

Desde el último día que pasó incorporado al regimiento que mandaba, no habia visto despuntar la aurora; pero en este otro día en que dos alojados ocupaban dos habitaciones de su quinta, el marqués volvió á ver la aurora. Al primer albor abandonó su lecho, y vistiéndose una bata de fina seda, se asomó á uno de los balcones de su cuarto para respirar aire fresco: necesitaba aire fresco.

Allí meditó, reflexionó, combinó sus planes... A las siete fué á visitar la cocina, dando órdenes para el desayuno... á las ocho daba los buenos días al hidalgo, y á las ocho y media pedia permiso á Teodora desde la puerta de su cuarto para saludarla.

Es decir que el marqués se *habia sentido herido*, y la herida debia ser muy profunda. Qué vió en Teodora para turbarse así? La soledad sensibiliza los sentidos, que no tropiezan con muchos objetos á la vez, y despeja la imaginación, que no hierve con ideas que se agrupan como en el mundo de las ciudades. El marqués vió en Teodora lo que antes quizás no habia observado.

Mas cuando creció sin duda su amoroso deseo, fué en la tarde de aquel día. Sentados á la sombra de un cenador de jazmines, formando el marqués, el hidalgo y la hija de este los tres vértices de un triángulo perfecto, pudo S. E. dejar que reposasen sus miradas sobre Teodora. Las miradas del marqués ya tiempo que reposaban siempre en el objeto que las atraía: se aplomaban... se dormían... hábito contraído en la pesca, en cuyas horas los ojos del pescador se recreaban en penetrar sus miradas hasta el fondo del río. Muchos hubieran dicho que miraba sin ver: seria cierto; pero en la tarde de que hablamos veía, y muy claro, sin mirar de otra manera que miraba las hondas del río.

¿Y cómo no habia de ver en Teodora aquel semblante sonrosado y gracioso, cuyas mejillas animaba una sonrisa cariñosa, y cuyos ojos pedían amigos?—Porque Teodora pasaba su vida sin goces, y los ansiaba: el amor á la patria habia hecho olvidar á su padre el amor á la hija.—¿Cómo no ver unas manos perfectas, á las que siempre en desseo se arrojaba el corazón, consintiendo que lo estrujan los delicados dedos y hagan de él un tórtolo sumiso, ó bien un cordero humilde, como de blanda cera hace un niño mil cosas? ¿Cómo no ver unos pies, que dejaba descubiertos el

sutil vestido blanco, pies tan pequeños, que podía abarcarlos juntos una mano, y tan graciosos, que incitaban á cojerlos para acariciarlos como á dos alondras encontradas entre la yerba (1)?

El marqués tenía su alma en su almarío, y por las rendijas de los ojos vió todo aquello, y otras cosas mas; y de todo aquello y de las otras cosas quedó muy prendado, tanto que robando goces á sus sentidos, pero proponiéndose tenerlos mayores (no los sentidos), se levantó, invitó á su amigo á que le siguiera á otro cuadro del jardín, y allí, entre rosas y jazmines, le pidió la mano de Teodora.

El marqués estaba como sobre ascuas: no le hubiese sido posible diferir á otro día su demanda. En estos asuntos casi siempre conduce al hombre el poderoso móvil que indica Stern (2).

El hidalgo aplazó la contestación para el siguiente día. Era preciso consultar con la niña... Pobre niña! no vaciló, como no era posible, por una razón, la de su alcurnia; entregar su mano á un plebeyo! Y como era espuesto, por otra razón, la de su pobreza, esperar á que se la pidiera otro noble, consintió. Su padre estuvo elocuente, persuasivo... el patrio amor le inspiraba: así podría llevar mas ofrendas á los aras de su ídolo para la realización de otras combinaciones políticas de interés no escaso.—A la mañana siguiente el ama de llaves de la quinta recibió la orden de preparar todo lo conveniente para una boda, y de añadir otro par de almohadas al solitario lecho de S. E.—Advertimos que nos consta que este señor aborrecia ciertas prácticas de la aristocracia. Entendido.

A los seis meses ya se estasiaban los bellos ojos de Teodora en las magníficas colgaduras y dorados sillones, que eran el rico adorno, con otras cosas mas, de la nueva morada en que residía: sus lindas manos se abrigaban entre pieles de armiño, y sus delicadas pies descansaban sobre alfombras de Persia, entre cuyos dibujos de pintadas flores se diseñaba voluptuosamente el contorno de la breve zapatilla de terciopelo carmesí bordado en oro.

Recostada así Teodora en un sillón de ébano y raso azul junto á la apacible llama de una graciosa y brillante chimenea, estaba encantadora. ¡Qué lindo juguete había adquirido S. E.! Loco de contento, gustaba sorprenderla en esas actitudes interesantes de una joven recién-casada cuando recuerda... y saborea su dicha, y ansia y espera... Entonces el marqués, oculto tras de un tapiz ó de una mampara, en la que hacía con un alfiler un agujero imperceptible, pasaba dulces instantes; y de repente, con un gentil alarde de galantería, entraba en el santuario de Teodora con los ojos llenos de fuego, enamorado, y besaba las manos de la niña, besábala los pies y, como fatigado, reclinaba la frente en las rodillas de su esposa, sobre cuyo vestido, de color morado, parecía la cabeza blanca del marqués un copo de nieve en el afelpado cáliz de un lirio.

Seis meses pasaron así rápidamente, como seis corceles á escape. Ahora S. E. está mas metudizado; pero no menos enamorado.—Su espíritu ha sufrido una tribulación terrible, que ha postrado las fuerzas físicas de su máquina, ya poco firme. Creo que ahora se repone de sus pérdidas, puesto que se ve libre del fantasma que le perseguía.

No se vaya á creer que nuestro héroe es un *Alfredo Pipelet*, como el de los *Misterios de París*, y el fantasma que hemos indicado un ser impertinente y jovial, á la manera de *Cubrión*.

Nada de eso: el teniente jeneral ha acreditado en distintas ocasiones que su cabeza es fuerte y su corazón magnánimo. Pero le pareció al cabo de los seis

(1). Si estos renglones merecen el honor de ser leídos por alguna de vosotras, bellas hijas de Málaga, consiento en que creáis descubrir en ellos una alusión personal.

(2). Como este autor era inglés, y yo traduzco mal lo escrito en inglés, remito á mis lectores á la versión mas correcta que se haya hecho de las obras de dicho caballero.

meses de feliz enlace con Teodora, le pareció, decimos, que se levantaban ciertas nubes de mal agüero sobre su cabeza; le habia parecido encontrar un enemigo en un personaje de quien despues hablarémos, y el ánimo del marqués se turbó algun tanto (1). La naturaleza del peligro que en su concepto le amenazaba le causó una viva inquietud... no bastaban á destruir sus temores, á tranquilizar su alma, ni la magnanimidad del corazon, ni la firmeza de la cabeza: hay circunstancias en la vida que atormentan al hombre de tal manera, que parece se paralizan sus facultades físicas y morales. En las cabezas mas bien organizadas se introduce á veces una duda y toma posesion una idea, que pronto se hace manía.

Languidos se pusieron los ojos del marqués; se le oia suspirar con desusada frecuencia: algunos dias le tuvo sujeto en cama una calenturilla, que afortunadamente cortó un facultativo de acierto y experiencia.

¿Cómo hacer que mis lectores comprendan la inquietud del teniente general? Temia por su Teodora, por su juguete tan lindo, por la compañera graciosa de su vejez, y últimamente temia por su honor... Palabra terrible es el honor de un esposo... idea capaz de convertir en noches de espantosa oscuridad los dias de un sol el mas despejado y radiante.

La línea de conducta que se trazó el marqués nos dará la explicacion de la causa que le impulsaba.

Un dia quiso buscar en la lectura un alivio á sus penas. Tropezaron sus ojos en un romance de esos que tan profusamente se imprimieron en los primeros meses del romanticismo, en que se contaba la sangrienta historia de un conde burlado en su esperanza, en su fe, en su amor, en todo, porque un esposo burlado, en todo ve su venganza... y leyó un verso, que decia:

«Mares de sangre correrán ¡á rabia!»

Arrojó el libro sobre la mesa; llevó sus manos á los ojos, para que no vieran, sin duda, el cuadro que creia estar pintado en todas las paredes de la habitacion en que leia, cuadro tambien de sangre....

Pero no creais, lectores míos, que se enrojeció alguna espada por el negocio este del marqués. Dejémosle hoy resistir el peso de las nubes que le abrumaban, y esperemos.

A poco de la lectura de aquel verso entró Teodora en el cuarto de su esposo, tan confiada, tan amorosa como siempre. Qué pasó entoces? ¿fué la graciosa niña el ángel de paz, ó una vision detestable? ¿aquella sonrisa era una tierna expresion de afecto, ó era un sarcasmo? ¿aquella mirada era un saludo del alma, ó era una burla?

El marqués se levantó;—vestia uniforme aquella tarde, por ser dia de gala— tomó su antiguo sable, que estaba sobre una mesa; lo puso en el cinturón, con el que se ajustó el talle; colocó el arma al brazo; se encasquetó su enorme sombrero, y ofreciendo su mano derecha á Teodora, bajaron los dos al patio, en donde aguardaba el magnífico y brillante coche de paseo. Es decir, no hubo nada... Esperemos.

JUAN VILA Y BLANCO.

Albacete 26 de mayo de 1846.



(1) Advertimos que S. E. se habia trasladado ya á una ciudad muy bella, en donde fijó su morada.

REPRESENTACIONES

DE LA

GUY STEPHAN.



Terrible cosa es tener que escribir á paso de carga, cuando le espera á uno el implacable rejente, el activo cajista, y sobre todo en momentos en que el sol derrama profusamente su pura y ardiente lumbre. Y si se une á esto (que no es poco) el tener que hablar de cosas que únicamente son para vistas y no para conladadas, se vendrá en conocimiento del grande apuro en que se halla el que traza estas líneas, dedicadas á la aérea y graciosísima Guy Stephan. Nuestros lectores de Málaga es posible que hayan leído alguna que otra descripción hecha por entusiastas escritores, los que, llevados del mas supremo furor coreográfico, han comparado á nuestra heroína á una porción de objetos mas ó menos poéticos, pero que todos tendian á manifestar su asombrosa lijereza, su gracejo, su arte, su rara habilidad. Hay quien ha dicho que su cintura era *vaporosa*; que su lijereza era como la *esencia del azogue*, ¿se puede decir mas, señores míos? Á fe que con ambas comparaciones hay para volver locos á los mas sesudos naturalistas y químicos. Pero seamos francos, ¿qué lenguaje hasta para describir esos saltos prodijiosos, esa velocidad asombrosa, esos giros hechos, al parecer, en el aire, apoyándose levemente en la tierra, de tal modo que se llega á dudar si la graciosa sílfida es un cuerpo menos pesado que el aire que agitan sus transparentes y pintadas alas, que el arte ha inventado prender á su blanquísima espalda? Fuerza es confesar que el idioma mas rico y armonioso no es capaz de representar fielmente esa mágica habilidad que tanto se admira en la hija de la antigua Galia. ¿Habeis visto á la palma de la llanura de Gethsabé inclinarse amorosa cuando los céfiros juguetones la acarician amorosos? Pues con tanta gracia, con tanta blandura inclina su breve cintura la elegante Guy. ¿Y habeis visto alguna vez arrebatarse el viento á una leve pluma y en mil caprichuosos remolinos hacerla jirar en el espacio? Pues con tanta velocidad jira la seductora sílfida, apoyada en la punta de su leve pie, envuelta en finísima gasa, y formando un gracioso remolino, que crece ó disminuye á la par que la música aumenta ó deserece sus bien combinadas armonías. Y siempre graciosa, con la sonrisa en los labios, manifiesta un vigor que aturde, una fuerza de organizacion que pasma y que apenas se concibe al contemplar sus delicadas formas. Y si no fuera por esto, ¿cómo nos explicaríamos ese entusiasmo, ese frenesí, que escita en el público la predilecta de Terpsicore?

Excusamos decir que en las siete representaciones que ha dado, á pesar del sofocante calor que hace, de lo incómodo que es el teatro en la presente estación, y de lo poco *disciplinada* que está la orquesta de este, ha habido soberbias entradas, las que han desmentido la acusacion que hacen algunos de que en Málaga no se va al teatro.—Tráiganse buenas compañías,

especúlese con él de una manera menos judaica, y entonces veremos si el público lo favorece con mas constancia; empero mientras se traigan compañías de la *legua*, tales como las que hace tiempo estamos condenados á ver, ¿cómo es posible que haya gusto en ir á esta clase de espectáculos?

La noche del 9, que fué la destinada al beneficio de la *Guy*, hubo una entrada famosa, y el entusiasmo de los espectadores rayó en locura. Despues de ejecutar el difícil paso de la *Aurora*, el público, en medio de los mas estrepitosos aplausos, cubrió el pafeo escénico de flores y coronas, soltando al aire blanquisimas palomas adornadas con elegancia y exquisito gusto. Siguió á esto el vals de la *Locura*, y el público participó tambien de ella al ver la limpieza con que ejecutaron los protagonistas tan difícil y bellissimo paso. Concluido este, se le arrojó otra corona de mucho gusto, en la cual iba preñado el siguiente soneto, el que fué improvisado momentos antes:

Á LA INIMITABLE ARTISTA

QUE STEPHAN.



IMPROVISACION.

Tu que del Sena en la nevada orilla
Naciste sin igual, gacela hermosa,
Y cual si fueras leve mariposa
Recorres sin cesar, hella y sencilla,
Desde la réjia Mantua hasta Sevilla
En ovacion continua y anhelosa;
Recibe, pues, la ofrenda que amorosa
Gana tu jenio hoy, que tanto brilla.
Mi pobre númen con afán provoca
Celeste inspiracion del sacro coro;
Mas ¡ay! que en vano pe las cuerdas toca
Preludio acorde mi laud sonoro.....
Mi voz no hasta á proclamar, señora,
Las gracias que tu mérito atesora.

Siguió á esto la piezecita en un acto, escrita por el Sr. Olona, intitulada: *¡Jai que jembra!!!* en la cual no faltan algunas sales, juntamente con situaciones que el autor ha querido buscar para describir escenas grotescas y de playa, las cuales hicieron su efecto, puesto que escitaron la hilaridad en los benévolo concurrentes. Al fin de este juguete cómico bailó la *Guy* el *Faleo de Jerez*, con esa gracia, con ese espiritualismo que tanto la distingue. El público volvió á admirarla y prodigarle interrumpidos *braeos*, haciéndole repetir ese baile nacional, que con tanta gracia ejecuta, y que parece en él una hija del Betis, de las mas ligeras é insinuantes. El 10 dió otra funcion, y tambien se la aplaudió con furor, se la coronó nuevamente, se le echaron los sombreros y, por último, se le dió una magnífica serenata, que duró hasta las dos y media de la mañana, á la que concurrió jente escogida y de buen humor. Al dia siguiente marchó á Granada acompañada de una cohorte de jóvenes, que en ligeros corceles fueron á despedirla. Todo esto se ha hecho con la aérea silfida, con esa mujer á quien los seres mas ascéticos no pueden *contemplar con calma*.

Adios, pues, triscadora Stephan: tu leve pie ha sabido herir el entusias-

mo de los bulliciosos andaluces, lo mismo que allende los mares supiste ec-saltar la fría alma de los hijos de Albion. Yo quisiera estar más inspirado, pa-
ra poder escribir un artículo digno de tí; mas el calor tropical que nos
sufoca, alaja mi sistema nervioso de tal manera, que solo tú, con tus ligeros
saltos, con tus sonrisas, con tus miradas de fuego, podrias entonar. Empero
estas ya lejos, y solo nos has dejado tu recuerdo, el cual, en vez de alegrar-
nos, nos desconsuela, porque no podemos contemplar ya tus rápidos saltos,
tu delicada y elegante figura.

J. P. y B.

13 de Julio de 1846.

CRONICA TEATRAL.

La quincena anterior formará época en Málaga, pues que en ella hemos te-
nido el imponderable placer de admirar á la notabilidad coreografica, la se-
ñora Guy Stephan. Estrechos son los límites de nuestra crónica para hablar
de esta señora, y he aquí la razon de haberle dedicado un artículo especial.
A él nos referimos.

No se ha estrenado mas que una comedia desde la publicacion de nuestro
último número, si se escluye el juguete titulado: **¡Juy que jembra!!!** de
que ya hemos hecho mencion en el artículo precedente.

Si la rareza presta mérito á las cosas, **Valentina Valentona**, que
se ejecutó en la noche del 12, es comedia de mucho valor; porque entre la
infinidad de traducciones que brotan por todas partes, solo de vez en cuan-
do aparece una produccion original: rara es por los caracteres de sus perso-
najes, rara por el modo que ha tenido el autor de manejar la accion... pero
aquí pararon las rarezas. El argumento no es raro, pues ya hemos visto otras
dos comedias que tienen el mismo: una mujer enamorada que, vestida de hom-
bre, se finje primo de ella misma y atrae al que quiere sea su amante.

En esta funcion se presentó por primera vez doña Carlota Zafrañé, que
desempeñó el principal papel, á pesar de que está ajustada como dama jóven.
Aun no podemos hacer un juicio exacto de esta actriz; pero si dirémos que
nos disgustó en ciertas reticencias sin motivo alguno y que se repitieron á
menudo.

La concurrencia fué escasísima; bien es verdad que el calor de aquella
noche era insoportable.

El Sr. Arjona empezará sus tareas en lo que queda de mes, y se nos ase-
gura que uno de los empresarios ha marchado á Granada para ajustar por
algunas representaciones á la *perla del teatro español*, la señora doña Matilde
Diez.

